Miércoles, 4 de julio 2012

El tipo equivocado de Magia

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2012/07/wrong-kind-of-magic.html

Carl Jung y su amigo el físico Wolfgang Pauli sugirieron en un libro de 1952 (que ahora ya casi nadie lee) que las sincronicidades —un "principio de conexión acausal", para usar la frase tan cuidadosamente escogida por Jung— que ocurren al mismo tiempo dan a los hechos un significado inesperado. Tuvieran razón o no, hay momentos en que las sincronicidades llegan de sopetón, con toda la sutileza de una bofetada en la cara. El viernes pasado ocurrió una de esos.

Esa tarde, después de un par de semanas ocupado en preparar el centésimo aniversario de la orden druida que dirijo, finalmente tuve tiempo libre para poner mis pies en alto y leer un poco. El libro que estaba en la parte superior de la pila de pendientes era "Demasiada magia: Pensamiento Ilusorio, Tecnología, y el Destino de la Nación" (*Too Much Magic: Wishful Thinking, Technology, and the Fate of the Nation")*, de James Howard Kunstler Cualquiera que haya leído las obras anteriores de JHK ya habrá adivinado que "Demasiada magia" es un libro divertido, en ocasiones cascarrabias y de fácil lectura. Se puede describir como una actualización, transcurridos siete años, de su bestseller "*The Long Emergency*", y su mensaje es contundente: la tormenta está sobre nosotros.

Luego, justo al terminar el libro, una gran tormenta se desató sobre nosotros.

Los meterorólogos pueden explicar con mucha exactitud como se forma un frente de grandes tormentas que avanza por el Rust Belt desde Wisconsin hacia la costa atlántica, dejando el caos a su paso. Aquí, en Cumberland, notamos una rápida formación de nubes por el oeste a últimas horas de la tarde, algo que todo el mundo reconoce a nivel local como una advertencia de mal tiempo inminente. Al caer la noche, los relámpagos estallaban como flashes en una conferencia de prensa de 1950, y sobre las nueve menos cuarto, un viento huracanado con una cortina de lluvia llegó tan repentinamente como si alguien hubiera accionado un interruptor. Los vientos y la lluvia nos azotaron durante una hora más o menos para luego remitir poco a poco; los relámpagos siguieron durante otra hora más.

Suerte que. al igual que el más inteligente de los tres cerditos, Sara y yo habíamos comprado una casa de ladrillo, construida mucho antes de Segunda Guerra Mundial, antes de los métodos de construcción baratos de los que Kunstler reniega con toda la razón en varios de sus libros. No provocó daño real alguno, aunque cayó como media tonelada de ramas de la gran morera del jardín trasero sobre el camino. Como ya no tenemos coche, todo lo que hizo fue dar un susto del demonio a las marmotas. Nos quedamos sin luz, pero como ya no utilizamos mucha de electricidad eso no fue un gran problema; cenamos tarde a la luz de las velas, y luego accionamos las lámparas LED a manivela y pasamos el resto de la noche con su luz. Por la mañana teníamos de nuevo electricidad, pero no fue un inconveniente grave haber sufrido un apagón la noche antes.

Sí, estoy pensando en la falta del aire acondicionado. Cumberland es muy caliente y húmedo en el verano, pero Sara y yo no utilizamos el aire acondicionado. Fue una decisión deliberada cuando nos mudamos aquí hace tres años. Los seres humanos aparecieron en la zona ecuatorial, sin aire acondicionado, y hoy miles de millones de personas se las apañan en climas muy calurosos sin ellos. El cuerpo humano se adapta fácilmente a soportar condiciones de calor y humedad. Por supuesto la capacidad de adaptarse es precisamente el quid de la cuestión. Tengo una inmensa simpatía por las personas que, de repente, se encontraron expuestos al calor subtropical de la costa atlántica, en pleno verano al perder la comodidad de su aire acondicionado. Como mis vecinos, me habría sentido muy desdichado si no hubiera pasado tres años acostumbrándome a un clima desconocido, investigando y volviendo a aprender las habilidades que conocía la gente del lugar para pasar los veranos en relativa comodidad haciendo uso de las funcionalidades propias de una casa construida mucho antes de la invención del aire acondicionado y diseñada para ser habitable sin aire acondicionado.

Podría decirse que ya va siendo hora de que más gente empiece a aclimatarse a un mundo en el que simplemente no podrán encender el aire acondicionado en cuanto haga calor y humedad. En sentido

amplio, ese es el mensaje central del libro de Kunstler. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, la mayoría de los estadounidenses y un buen número de personas en otros países se han acostumbrado a gastar cantidades prácticamente ilimitadas de energía barata para tener casi todo lo que se les ocurra, mera cuestión de dinero. ¿Fresas en invierno? Sin problema; sólo hay que traerlas volando en desde el otro lado del planeta. ¿Rocas de la Luna? Fácil de conseguir, todo lo que necesita es una cantidad obscena de energía. ¿Interiores con aire frío y seco en agosto? Hecho, sólo hay que gastar unos pocos gigavatios. Como dice Kunstler, nos hemos acostumbrado muy fácilmente a tener las cosas como por arte de magia.

Los lectores habituales de este blog probablemente pondrán objeciones al uso de esa palabra, y de hecho lo voy a hacer, pero haciendo hincapié en que lo que dice Kunstler tiene mucha miga. El habla de una magia como la que se encuentra en los cuentos de hadas o en las mil y una noches, por no hablar de un sinfín de noveluchas de ciencia ficción o recientes disparates de Hollywood. El factor que lo define es que el pueblo que la utiliza nunca se tiene que preocupar de cómo funciona esa magia.

Piensa en el viejo cuento de Juanito y las habichuelas mágicas. Todo lo que tiene que hacer Juanito es plantar las alubias mágicas; no se cuestiona cómo van a producir toda la masa vegetal durante la noche para que pueda escalar hacia el cielo al día siguiente. Tampoco le extraña que el castillo esté allá arriba (algo que viola las todas las leyes de la física medieval o moderna). Él no tiene que hacer nada, ni entender nada, simplemente sucede. Es lo que queda cuando se simplifican estos elegantes relatos simbólicos para niños, despojadas de su contexto interpretativo, y degradados hasta el nivel de jardín de infancia.

Para ser justos, muchos cuentos se han mantenido en el tiempo, por una buena razón. La mayor parte de las sociedades que no han desarrollado la escritura, y un buen número de las que sí lo han hecho, enseñan a sus hijos contándoles historias coloridas, y después enseñan a los adolescentes bastante más, al explicarles el significado real de las historias que aprendieron y amaron cuando eran niños. Después del Renacimiento, tras abandonar el sentido alegre de lo simbólico que impregnaba la cultura medieval y renacentista, en el mundo occidental sólo se mantuvo la primera mitad de la ecuación. Las propias historias se mantuvieron durante algunos unos siglos con una vaga sensación de nostalgia, hasta que finalmente —en nuestros días— han sido sustituidas por productos de consumo masivo de mala calidad, cuyo único significado o lección es que alguien ha conseguido hacer dinero fácil con ellas.

He llegado a pensar que el auge de la tecnología moderna en los tres siglos transcurridos desde los albores de la revolución industrial se guió, en gran parte, por los ecos persistentes de estas viejas historias. Después de todo, ninguna ley de la naturaleza física o de la naturaleza humana nos obligó a utilizar (del modo en que lo hemos hecho) el tesoro gigantesco de energía casi gratuita que tomamos de las reservas de carbono de la Tierra. Podemos pensar que algunas de las cosas que hicimos con toda esa energía almacenada sirvieron para dar tales ventajas económicas o militares que la tentación de usarla fue irresistible, sin importar qué historias pudieran haber afectado a la psique colectiva del mundo occidental, pero eso no es cierto en absoluto. Si pasas por un gran almacén y te mueves por sus pasillos te puedes preguntar: ¿cuántas de las cosas a la venta no imitan algún detalle de un cuento de hadas?

Tenemos las prendas mágicas, ungüentos y joyas que convierten las niñas en hermosas princesas, las cajas mágicas que traen el verano en invierno y el invierno en verano, los barcos mágicos que navegan bajo las olas y los pájaros mágicos que llevan a las personas a través de los cielos, incluso el tronco de la mata de frijoles, hecho de humo y llamas, que han permitido a un reducido número de Juanitos vestidos con traje espacial (pero casi a ninguna Juanita) subir atravesando las nubes para buscar, sin éxito, el palacio del gigante. Lo tenemos o, hablando con propiedad, creemos tenerlo. En realidad, lo que tenemos son simulacros de estas cosas, lo más parecido a la magia que se puede tener al gastar teravatios de energía y las materias primas de todo un planeta, y que las más de las veces no es para tanto.

Hay un pasaje brillante en "*Where the Wasteland End*", un libro que no ha perdido nada de su vigencia pasados cuarenta años desde su publicación, Theodore Roszak comparó el sueño de volar con la chabacana experiencia cotidiana, el aburrimiento de los viajes aéreos. Y eso que lo escribió en una época en que las compañías aéreas aún presumían de la calidad de sus comidas en vuelo y del espacio

para las piernas de los pasajeros, y cuando los aeropuertos todavía no eran una prisión, con guardias armados guiando a los presos hacia sus celdas. ¿Hoy en día? Un paseo en el metro de Nueva York es más inspirador, por no mencionar que también más cómodo. Lo mismo ocurre, en general, con otros simulacros de la magia de cuento de hadas que nos rodean en estos días: es posible que podamos conseguir fresas en invierno, como la niña del cuento de los hermanos Grimm, pero han sido recogidas verdes, maduradas artificialmente con etileno, y rociadas con perfume sintético de fresa de modo que saben a serrín ligeramente azucarado.

En resumen, la falsa magia que entorpece nuestra vida de hoy no satisface las necesidades que pretende cumplir. Todos lo sabemos. Todos lo hemos vivido, como esos regalos de Navidad que, cuando niños que parecían tan atractivos en la tienda, y resultaron tan tristemente insulsos una vez desapareció el resplandor artificial de la comercialización emocionalmente manipuladora. Como las promesas electorales, inevitablemente llenas de retórica jactanciosa sobre la esperanza, el cambio, y otras palabras de moda vacías destinadas a ser olvidadas y sustituidas por otros cuatro años de más de lo mismo en cuanto se cierran las urnas. Todos lo sabemos y sin embargo, muchos seguimos persiguiendo el último simulacro glorioso, como galgos en una pista de carreras persiguiendo a una liebre mecánica que nunca logran atrapar y que no podrían comer si lo hicieran.

La búsqueda inútil de la magia falsa es el tema central del libro de Kunstler. Lo demuestra, de manera memorable, en sus encuentros con los empleados de Google quienes insisten en que la *Larga Emergencia* nunca puede suceder gracias a la tecnología que tenemos, o con los asistentes a la conferencia TED reunidos como borregos a escuchar un refrito de las últimas novedades sobre la fantasía de 1950, el automóvil volador. (Me preguntan de vez en cuando si me han invitado dar una charla en una de las conferencias TED, y respondo que no, y además espero que nunca me inviten a ello; el tipo de público que pueda quedar fascinado por una jerigonza sobre coches voladores casi por definición, no estará interesado en nada de lo que yo pueda decir.) Kunstler pasa por los aficionados a las granjas en las azoteas de los rascacielos (centrados en una visión que ignora la creciente espiral de factores que están convirtiendo a los rascacielos en una forma arquitectónica obsoleta), pasa por "expertos" en energías verdes (que ni en sueños pueden imaginar que una sociedad en la caída libre no será capaz de hacer acopio de los recursos necesarios para su programa favorito de mega-construcciones). Trata de gente como Ray Kurzweil [1], como Harold Camping[2], el friki del ordenador que profetiza el fin de los tiempos con alta tecnología. Kunstler dedica gran parte de el libro a explorar cómo diversas formas del pensamiento ilusorio (en inglés "*wishful thinking*"[3]) que se apoya directamente en las emociones, sobre una imagen degradada de mágico cuento de hadas ha llegado a sustituir el pensamiento racional en la cultura americana contemporánea, algo enormemente peligroso.

La tormenta del viernes pasado fue una útil lección que me dio la naturaleza sobre ese peligro. Detrás de las cajas mágicas que mantienen el calor del verano hay, muy lejos, todo un sistema enorme e hipercomplejo de centrales eléctricas, líneas de transmisión, transformadores y todo un conjunto de servicios y estructuras sociales que se ocupan de mantener el sistema en funcionamiento. No se puede

---

[1] Raymond Kurzweil (Massachusetts, 12 de febrero de 1948) es un inventor estadounidense, además de músico, empresario, escritor y científico especializado en Ciencias de la Computación e Inteligencia Artificial. Desde 2012 es director de ingeniería en Google. Experto tecnólogo de sistemas y de Inteligencia Artificial y eminente futurista. Es actualmente presidente de la empresa informática Kurzweil Technologies, que se dedica a elaborar dispositivos electrónicos de conversación máquina-humano y aplicaciones para personas con discapacidad y canciller e impulsor de la Universidad de la Singularidad de Silicon Valley. Tomado de Wikipedia.

[2] Harold Egbert Camping (Boulder, 19 de julio de 1921-Oakland, 15 de diciembre de 2013)2 fue un predicador cristiano estadounidense. Fue el presidente de Family Radio, un grupo de radio con sede en California, estación que abarca más de 150 mercados en los Estados Unidos. Camping se caracterizaba por la aplicación de la numerología para sus interpretaciones de los pasajes de la Biblia para predecir las fechas del fin del mundo, pero nunca se cumplieron. Su predicción del fin del mundo de 2011 fue que el 21 de mayo de 2011 ocurriría el retorno de Jesús, que los elegidos volarían hasta el cielo, y luego seguirían cinco meses de fuego, azufre y plagas, con millones de personas muriendo cada día, que culminarían el 21 de octubre de 2011, con el fin del mundo, pero como era de esperarse no aconteció el fin del mundo. Él había predicho anteriormente el día del juicio los días 21 de mayo de 1988, y 7 de septiembre de 1994. Tomado de Wikipedia.

[3] "*Wishful thinking*", es el proceso de pensamiento, deducción, conclusión y toma de decisiones basadas en lo que sería más placentero de imaginar en vez de estar fundamentadas en la evidencia o racionalidad, simplemente con desear algo con suficiente fuerza o fe se va a cumplir el deseo.

prescindir de nada de eso, y nada de eso es barato, pero es sólo cuando algo aparece en el extremo de la curva de probabilidad y golpea al torpe sistema es cuando la mayoría de personas se ven obligadas a darse cuenta de que todo el asunto no funciona gracias a la magia de cuento de hadas —y aún así un gran número de ellos pasan su tiempo quejándose porque las autoridades competentes no pueden hacer magia potagia para que todo se recupere durante la noche, como la mata de habas de Jack, el de los frijoles mágicos—. En muy raras ocasiones aparece en la conversación colectiva de nuestro tiempo la lenta destrucción de la infraestructura que hace que la magia sea posible, y la consecuencia lógica de ese proceso, el punto estadísticamente inevitable en que, para cada uno de nosotros, la magia desaparece; algo de lo que no sólo no se habla, también es inimaginable.

Sin embargo, ahí es donde nos dirigimos. Todavía no hemos llegado a la situación en que se le diga en voz baja a la gente con casas en las zonas periféricas que cuando pierdan el suministro eléctrico en una tormenta van a tener que pagar el costo total de las reparaciones si quieren recuperar la corriente, o que les digan que están en una lista de espera y las reparaciones pueden llevar semanas, meses o años. Sin embargo, los retrasos para restaurar la energía eléctrica después de accidentes climáticos son cada vez más largos, al tiempo que estos sucesos son cada vez más frecuentes. El bueno de Bob Dylan ya lo dijo: no es necesario mucho tiempo para saber en qué dirección sopla el viento. El mismo viento, desde otra dirección, está rugiendo en las vidas de todos los desempleados estadounidenses que están perdiendo sus prestaciones por desempleo y quedan en el último extremo de las estadísticas nacionales de desempleo, que los convierten en "no-personas" en casi un sentido orwelliano, que han sido arrojados fuera de nuestra imaginaria tierra feliz de falsa magia para caer en un mundo más duro. Ese mundo está esperando que cada uno de nosotros también terminemos allí tarde o temprano.

Creo que una de las tareas cruciales que afronta cualquier persona reflexiva en nuestro tiempo es precisamente el cómo prepararse para la dura transición. No será fácil, rápido ni barato, y una gran parte de aquellas personas que están ocupadas en encontrar razones por las que deberían seguir aferrándose (al menos durante un poquito más de tiempo) a su falsa magia, me temo que descubrirán dolorosamente que el tiempo que pasaron haciendo eso podrían haberlo aprovechado en adaptarse al mundo de cuando se acabó el cuento de hadas.

Como he sugerido más de una vez en estos ensayos, una de las herramientas más útiles para esa tarea es mágica: es el antiguo arte y ciencia de provocar un cambio en la conciencia a fuerza de esfuerzo y de voluntad,. El tipo de cosas que describí en mi reciente libro "La Sangre de la Tierra (The Blood of the Earth)", la materia que pretende imitar la magia falsa de las estrellas de cine cuando agitan su varita. No es la única herramienta importante que se necesita, puede estar seguro, pero tiene algo importante en común con todas y cada una cada una de las otras herramientas de la lista: todas ellas requieren un trabajo duro. No se pueden plantar frijoles mágicos en el jardín y esperar que algo o alguien haga que las cosas sucedan. No se puede esperar a que las autoridades que se encarguen de ello, porque no lo harán. No se puede esperar a que ningún inventor genial desarrolle un artilugio que le resuelva el problema, porque no es un problema que se pueda resolver, y los inventores está demasiado ocupados soñando con hacer volar los coches para dar vueltas por ninguna parte; no se puede esperar a la llegada de la Iluminación, la Singularidad o Los hermanos del espacio o algo que haga que todo desaparezca, porque el pensar que tenemos derecho a que alguna agencia sobrenatural llegará al trote para rescatarnos de las consecuencias de nuestras propias acciones es sólo un monumental artificio la cultura moderna.

Digamos que si está a la espera de alguna de estas cosas, usted está confiando en el tipo equivocado de magia.

Ahora bien, hay un montón de cosas que las personas pueden hacer ahora mismo para que sea más fácil para ellos, para sus familias y para sus comunidades provocar el cambio a lo que he llamado el mundo de post-cuento de hadas. Me habría gustado que Kunstler hubiera dedicado más extensión en su libro para hablar de esas opciones. Es importante tratar de despertar a la gente para que salgan de la ilusión de que todo va a ir bien sólo con confiar en el progreso, o en lo que sea, pero me parece que es al menos tan importante dar a los que no espabilen alguna alternativa para la desesperación paralizante que llega tan fácilmente a quienes se les ha enseñado durante toda su vida que la única alternativa a lo

de siempre es la miseria y la muerte en masa. Aun así, “Demasiada Magia” es una recorrido útil por la topografía del mundo que seguirá al pico en el que ahora vivimos.